

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

Del otro que no existe al analista dealer de la droga de la palabra.

Katzer, Nicolás Emiliano y Gareca, Nahuel
Facundo.

Cita:

Katzer, Nicolás Emiliano y Gareca, Nahuel Facundo (2014). *Del otro que no existe al analista dealer de la droga de la palabra*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/650>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DEL OTRO QUE NO EXISTE AL ANALISTA DEALER DE LA DROGA DE LA PALABRA

Katzer, Nicolás Emiliano; Gareca, Nahuel Facundo
Universidad Nacional de San Luis. Argentina

RESUMEN

En el presente trabajo se propuso un recorrido reflexivo sobre la función del Ideal del Yo en la constitución de la subjetividad. Para ello revisitamos textos freudianos a fin de poder dar cuenta de los desarrollos teóricos relevantes acerca de la problemática de marras en la obra de Jacques Lacan. En este sentido se desplegó el interrogante respecto de: ¿cuáles son los avatares del Ideal del Yo en nuestra época? Para poder dar cuenta de estas vicisitudes se interpeló la tesis «El Otro que no existe» de Jacques Alain Miller, afirmando con el mismo, que en nuestra época actual, la inexistencia del Otro arrastra tras sí determinadas consecuencias subjetivas. Por un lado, el Otro ya no sostiene al Ideal y a los valores colectivos sino que, ha mutado, instituyéndose en un semblante efímero y, por otro lado, el plus de gozar, que promociona la lógica del consumo como lazo social. En otras palabras, en la lógica del Otro que no existe lo que predomina, en el sujeto, es un modo compulsivo y autista de goce. En efecto, se ubicó ante esto último, a las praxis toxicomaniacas como un modo compulsivo y autista de goce, desligado del lazo a la palabra.

Palabras clave

Otro, Ideal del Yo, Plus de gozar, Toxicomanías

ABSTRACT

FROM THE OTHER THAT DOESN'T EXIST TO THE ANALYST, DEALER OF THE WORD

In the current paper proposes a reflective route about the role of the Ego Ideal in the constitution of the subjectivity. For that matter, we will revisit Freudian texts with the intentions of bring relevant theoretical developments about this issue in the Jacques Lacan's work. In this regard the question to unfold is: What are the vicissitudes of the ego ideal in our time? For this matter, it's been interpellated the thesis "The Other does not exist" by Jacques Alain Miller, claiming with the same, that in our time, the absence of the Other drags behind him, particular subjective consequences. On one side, The Other no longer sustains the Ideal and the collective values, but mutated and became an ephemeral semblance. And for the other side, the surplus jouissance promotes the logic of consumption as social bond. In other words, in the logic of the Other does not exist, what prevail in the subject is a compulsive and autistic mode of jouissance. The toxic maniac praxis, detached from the bond to the word, it is an example of this.

Key words

Other, Ideal Ich, Surplus jouissance, Toxic maniac

Introducción

En el siguiente trabajo se pretende un recorrido reflexivo sobre la función del Ideal del Yo en la constitución de la subjetividad en la época actual. Para ello revisitamos textos freudianos a fin de poder dar cuenta de los desarrollos teóricos relevantes acerca de la problemática de marras en la obra de Jacques Lacan. Creemos pertinente dicho recorrido ya que, de esta manera, nos permitirá vislumbrar de qué se trata la experiencia de la droga, como plus de goce singular.

En este sentido, el plus de gozar según Lacan, es el efecto de la palabra sobre el sujeto; mientras que en la experiencia de la droga, este plus de gozar está adherido a un producto de la industria en tanto representa una modalidad de goce desenlazado de la palabra (Miller, 1995).

Yo ideal e Ideal del Yo

En Freud, ubicamos la problemática del Ideal del Yo en diferentes textos que, perteneciendo cada uno a una época distinta de su producción teórica, nos invitan a reflexionar sobre ciertas tópicas que hacen a la problemática mencionada.

Podemos plantear con Freud que el Ideal del Yo es una instancia intrapsíquica autónoma, que tiene sus propios desarrollos teóricos, y que su abordaje parte del estudio sobre el narcisismo. Si bien en ciertos lineamientos teóricos freudianos se confunde con la noción de Yo ideal, podemos destacar que en este último encontramos el lugar del narcisismo primario, tributario de todas las perfecciones que los Padres proyectan sobre el niño, y que el sujeto, al hacerlas propias, precipita en su interior una unidad investida de libido que se denomina *yo*.

Asimismo, se ubica al Ideal del Yo, como lugar en donde confluyen las representaciones culturales y éticas de una comunidad, y que el sujeto tiene que interiorizar vía *Identificación* para poder encauzar sus tendencias pulsionales, bajo la primacía del deseo, y apartarse así del estado de omnipotencia narcísico.

El Ideal del Yo en tanto soporte de la urdimbre social, tiene su origen, según Freud, en la identificación primaria al Padre de la prehistoria personal; se trata de una marca, de un trazo que permite enlazar la sustitución de la carga de objeto erigiendo al Padre como modelo de las identificaciones horizontales (secundarias). Se puede pensar dicho trazo como lo más inexpugnable de la constitución del psiquismo, solo verificable a través de los rasgos de carácter del *yo*. En efecto, a partir de los elementos teóricos de Freud, se puede plantear con Lacan a la identificación narcisista primaria (Yo ideal) como momento inaugural del sujeto a partir de la imagen unificante del cuerpo. Para tal fin, el autor de marras, articula el modelo óptico a la referencia simbólica que implica al *Ideal del Yo como significante inaugural del sujeto*.

Así entonces Lacan distingue el *yo*, instancia imaginaria, del sujeto como instancia simbólica vinculado a la palabra y al lenguaje. El *yo* se constituye pues como otro a partir de esta primera identificación; este *yo* unificado interviene como una anticipación, una disyunción

en la propia temporalidad del sujeto que se vivencia «completo» y tiene una prematuridad sensorio motriz. Cabe señalar que dicha imagen, subrayamos, está cargada de libido.

Así se traduce la presencia indispensable de la «madre» (Otro primordial) en el estadio del espejo. El niño se vuelve hacia la que le lleva ante el espejo para leer en su mirada un *signo de reconocimiento*. Esta madre es el lugar del que procede el *don*, el objeto que alimenta, la palabra, que se recibe como *prueba de amor*. Es por ese signo de reconocimiento, por la nominación que profiere, cuyo designio es el de marcar los lugares respectivos de los protagonistas, que el espacio virtual situado detrás del espejo plano, aparece como subordinado a lo simbólico y determinado por él.

Por tanto hay un tiempo necesario en el que el Otro es invitado a desempeñar esa mediación simbólica, marcada por ese gesto del niño que se vuelve hacia la «madre» para leer en su mirada un *asentimiento*, una *señal de reconocimiento*. De inmediato, se vuelve hacia esa imagen, la suya, *que estaba ahí* (en el espejo), pero a causa de ello esa mediación se le escapa. Ya estaba ahí, dice Lacan y, «no subsiste más que ese ser suyo cuyo advenimiento solo se capta al no estar ya» (Lacan, 1963/64: 88).

Lo que se advierte es la desaparición del ser por el hecho de su sola nominación.

Lo que sostiene la imagen del infans, y su emergencia, es el *signo del Otro*; signo de su deseo que le indica que él representa *algo para ese Otro* sin que por ello sepa el *qué*.

No obstante, ese signo permanece velado, enigmático, *es un rasgo que tapa el lugar original del sujeto, lugar determinado a partir de entonces, como vacío, como ausencia y allí es donde, precisamente, el Yo irá a alojarse*.

En efecto, el sujeto aparece como un lugar vacío, como un agujero real producido por lo simbólico, por el efecto del significante. Y esta configuración dividida (*dividuum*) es lo que Lacan representa \$ (sujeto barrado); el Yo es el velo de esa división del sujeto.

La dimensión del Ideal del Yo es totalmente simbólica y su función es la de ser una guía, punto de referencia para el sujeto situado más allá de lo imaginario. Este punto es el que regula todas nuestras relaciones imaginarias con los semejantes.

Deviene de lo ante explicitado que la regulación de lo imaginario la efectúa lo simbólico y que dicha articulación, precisamente, vincula ambos registros.

El Ideal del Yo se acomoda en el conjunto de las exigencias de la Ley, y es vinculable con lo que Freud llamó Superyo. El sujeto se ajusta en esta relación con ese punto, I, elegido en el Otro, y hace aparecer como efecto tal o cual espejismo del Yo Ideal.

Al Yo Ideal como instancia se la debe vincular con el Yo, del cual constituye sus primeros esbozos; asimismo le confiere forma al Ideal del Yo. El sujeto se reconoce como *forma, configuración*, incorporándose en la función imaginaria.

Esta identificación es la que le permite al hombre establecer su relación imaginaria y libidinal con el mundo en general; dicho dispositivo muestra claramente cómo hay algo que fija la imagen, pero también puede faltar, haciendo que esta se autonomice.

El Sujeto y el Yo son distintos; el Yo es el lugar de un desconocimiento radical, inevitable que ensombrece la relación con el Sujeto, de allí *el concepto de conocimiento paranoico* que Lacan despliega respecto del yo. El estadio del espejo, muestra esta constitución del Yo a partir de las identificaciones con las imágenes alienantes del espejo, y con los «semejantes», tal como lo exhiben las múltiples manifestaciones del transitivismo infantil.

Por otro lado, permite entender la función del amor como relación

eminentemente narcisística, pero también la función de la agresividad; muestra por que el sujeto tendrá una tendencia a encontrar en el otro o en el mundo un desorden en el cual participa desconociéndolo. Esta imputación, imaginaria, no deja de ser verdad: indica la alineación fundamental del deseo, que siempre es deseo del deseo del Otro.

El Otro que no existe y la promoción del plus de gozar

A los efectos de indagar la constitución subjetiva actual, Miller (2005), delimita en el decurso de la Obra lacaniana dos estatutos para el Otro. Un primer estatuto da cuenta del establecimiento del Otro como *consistente*, representado con la letra A mayúscula y, un segundo estatuto en el cual el Otro aparece como *inconsistente*, representado con la letra A mayúscula pero afectada con una barra (\bar{A}). Este último lugar del Otro lo muestra en extinción -en falta, deseante-, hasta el punto que sólo queda su significante: S (\bar{S}). *El significante del Otro barrado, es el producto y la consecuencia de lo que cae cuando esta alteridad radical deja de existir*.

La inexistencia del Otro inaugura lo que se llama «la época de los desengañados» (Miller, 2005) en tanto se sabe, de manera implícita o explícita, que el Otro es sólo un semblante. La institución del Otro como «sólo un semblante» trae consecuencias en la instauración de las configuraciones subjetivas actuales, las cuales soportan las trazas de la inconsistencia.

Ahora bien, la subjetividad epocal está capturada por semblantes cuya producción «siempre acelerada», funda una civilización regida por la lógica del consumo global industrializado; lógica imaginaria que impone escenas que ficcionan la existencia de un sentido cerrado entre el sujeto y su objeto-semblante.

De este modo, la preeminencia imaginaria, no da lugar al atravesamiento simbólico que permite la emergencia del sujeto; en este sentido, la verdad del sujeto queda absorbida por la estructura de ficción de los objetos semblantes. Es decir, lo simbólico que atañe al sujeto y a sus afectos, está subyugado por lo imaginario o en continuidad con él.

Una digresión: ¿Qué es una civilización?: «Un sistema de distribución del goce a partir de semblantes (...) una civilización es un modo de goce, incluso un modo común de goce, una repartición sistematizada de los medios y las maneras de gozar» (Miller, 2005: 18).

Este contexto deja al sujeto inmerso en un *socius* conformado y fundado eclécticamente en una multiplicidad de semblantes que se ubican en el lugar del Ideal; dichos semblantes pueden coexistir en el estatuto de ideales-semblantes regidos por el principio de no-contradicción en tanto el sujeto puede ser y no ser al mismo tiempo, situación que deja al sujeto confinado al desamparo frente a la confusión de goces y su mutua segregación.

Lacan conceptualiza al Ideal del Yo freudiano como una identificación simbólica cuya función esencial es *pacificar* las relaciones del sujeto con el Otro o con sus significantes. Se trata de un sujeto afectado por una barra, por un deseo, por una falta operada por el atravesamiento del lenguaje y que se colma, por una parte, con la *traza primaria significante del Ideal del Yo*; y por otra, a través del objeto y su conexión fantasmática.

Con ello, el sujeto no es más que su propia miseria en tanto encuentra su sostén por una doble vía: la metáfora subjetiva del Ideal del Yo y la construcción fantasmática del objeto causa del deseo.

Ahora bien, ¿en qué se transforma la identificación del Ideal del Yo en tiempos en que el Otro no existe, en tiempos en que el *discurso del Otro está licuado*?

Siguiendo a Miller (2005), se advierte que hoy el lazo social está fragmentado provocando y promoviendo la segregación permanente, una segregación organizada a partir del goce. La época se caracteriza por un libre acceso al goce; goce que, en tanto efímero y privado, excluye y des-enlaza del discurso del Otro entendido como promotor y garante de lazo social mediante la palabra.

Ahora bien, pensar la época y sus avatares lleva a inmiscuirse en ciertos escondrijos y laberintos de la pulsión. Es menester destacar que lo que es del orden de la necesidad y del instinto se encuentran en disyunción con lo que pertenece al orden cultural- simbólico y a la época que lo atraviesa. Por eso la lógica de los instintos y las necesidades, en tanto realidades biológicas, obedecen a ciclos naturales cerrados caracterizados por la adecuación del sujeto al objeto. En contraposición, la pulsión freudiana se caracteriza por ser plástica, con capacidad de desplazarse, sujeta a metáforas y metonimias permanentes con diversas vestiduras epocales, perteneciendo a un registro diferente de la realidad biológica del instinto. Dicha pulsión puede ser descubierta allí donde el sujeto idealiza, allí donde el sujeto sublima, allí donde se conforman los valores éticos y estéticos del sujeto, como así también allí donde el sujeto recurre a la droga para enfrentar el mal-estar.

En este sentido, Freud en 1930, ubica a la cultura como la estructura que pone coto al goce pulsional, pero además -de ahí el malestar- mantiene la idea de que la pulsión se satisface más allá de sus límites o sus desplazamientos, dejando un resto que para Lacan (1972) se instituye como un imperativo pulsional superyoico: ¡Goza! La producción industrial moderna y la lógica de consumo que genera, se han sostenido por la promoción de dicho imperativo pulsional. El deseo de renovar el objeto de consumo es algo tan esencial, a la revolución industrial, como lo fue la disciplina para la época victoriana; vale decir, *sobre la ética del Ideal se instauró otra, la ética del consumo* a > I.

Adicciones: un plus de goce singular

La experiencia de la droga, es una auténtica experiencia del sujeto, que incluso ha producido su propio vocabulario, sus propias expresiones.

No es sin embargo una experiencia de lenguaje; por el contrario, emerge como cortocircuito sin mediación, como una metamorfosis de las significaciones vividas del cuerpo y del mundo. La droga aparece como un objeto que concierne ya no al sujeto de la palabra, sino al sujeto del goce, en tanto ella permite obtener un goce sin pasar por el Otro.

Pareciera ser que la experiencia toxicomaniaca justifica ubicar al término goce en lo que se sitúa, y muy bien puntualizó Freud, más allá del principio de placer; lo que sería exceso, una exacerbación de la satisfacción que confluye con la pulsión de muerte.

A partir de ahí, podríamos estar tentados en decir que la droga procura un excedente de goce, un plus de gozar imposible de desconocer bajo su faz del estado llamado de falta de goce.

No hay que confundirse nos aclara Miller (1995), la droga no es causa de deseo. Como máximo podemos hacer de ella una causa de goce, un objeto de la más soberbia demanda, y que tiene en común con la pulsión, anular al Otro.

En la experiencia analítica se asiste al recurso de la droga como salida de la angustia, como salida de la angustia frente al deseo del Otro. Sin embargo, desde el punto de vista de la experiencia psicoanalítica ¿no se puede mantener la idea que en la droga, la posición subjetiva está implicada?

Ahora bien, la toxicomanía obstaculiza el trabajo del análisis; el sujeto espera el objeto del sujeto supuesto saber, es decir, que el ob-

jeto en cuestión, el plus de gozar, se sostiene mediante la palabra; mientras que en la toxicomanía, este plus de gozar está adherido a un producto de la industria (Miller, 1995).

La práctica con drogas reside en un atolladero sobre la palabra, en un modo en cortocircuito con el lenguaje, y aún podemos precisar, en un estilo de goce que aplasta la dimensión subjetiva y la reduce al silencio. Este último punto es el que presenta mayores dificultades para el analista, constituye la dificultad esencial para la articulación de estos pacientes al dispositivo psicoanalítico.

No obstante, es lo que se hace con los pacientes; no se le mide el alcohol en sangre ni se los desintoxica: se lo hace hablar. ¿Y por qué se los hace hablar? Porque se supone la existencia de un sujeto. Y esta suposición es decisiva: a veces responde un sujeto. Y nos dice Terrab: «Se trata de desplazar la suposición «allí se goza» no para desmentirla, pero sí para agregar la dimensión donde se puede revelar el sujeto ya no del goce, sino el sujeto de la palabra» (1995:44).

De esta manera, si el único instrumento que tiene el analista es la palabra, como lo dijo Freud y formalizó Lacan, en el fondo, el analista, debería ser el dealer de la droga de la palabra.

BIBLIOGRAFIA

Bauman, Z. (2000): *Modernidad Liquida* (1ª Ed. 10ª reimp.) Buenos Aires. Ed. Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1914): *Introducción del Narcisismo*. Obras Completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores. Buenos Aires (1979)

Freud, S. (1930 [1929]): *El malestar en la cultura*. Obras Completas. Tomo XXI. Amorrortu Editores. Buenos Aires (1979)

Lacan, J. (1963): *El seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós Editores. Buenos Aires

Lacan, J. (1972-73): *El seminario. Libro XX: Aún*. Paidós Editores. Buenos Aires

Miller, J. (1995). *Para una investigación sobre el goce auto-erótico*. En *Sujeto, Goce y Modernidad, Fundamentos de la clínica*. Instituto del Campo Freudiano. Buenos Aires: Atuel

Miller, J.A (2005): «El Otro que no existe y sus comités de ética». Paidós, Buenos Aires.

Terrab, M. (1995). ...Mírenlos como gozan!! En *Sujeto, Goce y Modernidad, Fundamentos de la clínica*. Instituto del Campo Freudiano. Buenos Aires: Atuel

Triolo Moya, F., Bower, L. (2010): *El ocaso del Otro y la esclavitud epocal*. Memorias del Congreso de Investigación en Psicología. Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires.